

## NUESTRO PAIS.

(APUNTES PARA UN ESTUDIO DEL MISMO).

Exuberante vegetacion, accidentado terreno, variedad incalculable de panoramas, tonos poéticos, hermosura, fantasía, bondad en el clima y sentimiento en el alma: con éstas condiciones ¿quién no ama á su pátria?

No hay como alejarse de este rincon bendito para cerciorarse de su mucha valía, y aunque la mayor parte le adoremos por el espíritu innato en el vascongado de la pasion de su tierra, pocos aprecian, sin la mortificación de la distancia, la importancia de un pais tan modelo.

El pensamiento constante, el afán manifiesto del hijo ausente es la suspirada vuelta, y si trabaja con loco empeño en lejanas comarcas por hacerse rico, es para venir á disfrutar de sus riquezas en donde vió la luz primera; y si la suerte, contraria, se obstina en conservarle pobre, la vuelta no es ménos deseada, ansía el importe del viaje para trasladarse á morir aquí.

Este amor, esta idolatria, que los vascongados en general pero particularmente los Guipuzcoanos muestran á su lugar nativo, contrasta singularmente con el de algunos pueblos de la Península en los que al marcharse uno de sus habitantes deja marcada en sus puertas para en adelante la más completa indiferencia, llegando á ser con el tiempo, si la casualidad dispone que vuelva á pasar por ellas, forastero en su tierra.

Únicamente la necesidad obliga á nuestros amados paisanos á emigrar allende los mares; mas ántes agotan el último recurso, la última esperanza, porque saben muy bien que vale mejor un pedazo de *borona*<sup>1</sup> bajo los manzanos, que todo un porvenir dudoso de comodidad y holgura léjos, muy léjos de su cariño.

El entusiasmo con que el vasco emigrado acoge cuanto viene de su pais no es para descrito.

El prisma de la distancia hace que le parezcan los objetos y sucesos mejores de lo que en realidad son; pero, en cambio, la justicia

(1) Torta de maiz.

para reconocer la importancia de un acontecimiento literario ó político halla interpretación más razonable y entusiasta que en este mismo centro de su región.

Los escritos de todo género que en revistas y periódicos atraviesan el charco y llevan en su esencia un trozo del hogar abandonado, suenan, al oído del ausente, como agradable música que le recuerda aires de su tierra.

Mas no vayamos hasta Ultramar; reduzcámonos á manifestar—pues que nos declaramos incompetentes para ocuparnos de lo de allá—la emoción que sufre, tantas veces como viajes hace, el guipuzcoano que, habitando por espacio de cierto periodo de tiempo el interior de la Península, torna á pisar su querida Provincia.

Siempre que, al volver de entre los yérmos campos castellanos, sin más novedad en el paisaje que las enhiestas y afiladas torres de la admirable catedral de Búrgos vista al correr de un express y en la alborada de una mañana de primavera, penetra el tren, y nosotros con la cara pegada al vidrio del wagon y el corazón agitado por la ansiedad, en los altos acantilados, largos túneles y colosales montañas de Segura, Cegama y Otzaurte, puerta de nuestra muy amada Guipúzcoa, los pulmones, al respirar aire de la tierra natal, se dilatan satisfechos, y nuestra imaginación rádia de alegría.

El estenso rosario de subterráneos que pasamos nos recuerda el soportal de entrada de una gran plaza fuerte é independiente; pero qué soportal!... y qué plaza fuerte!....

Ya dentro de casa, con la variedad de tan lindo paisaje, con la animación que se advierte en todo, tierra, chozas, árboles y montañas, no resistimos al deseo y bajando las vidrieras del coche aspiramos el ambiente que en otro tiempo rodeó nuestra cuna!

La profusión de verdura ofusca la vista hasta entónces acostumbrada al indefinible color de las tierras castellanas.

El aire, la atmósfera, el aspecto, todo varía; parece que estamos viendo la diferencia que media entre un soberbio cuadro de mérito, pintado al óleo, y un grabado cualquiera!....

El extraño que, sentado al lado, se percibe de aquella constante agitación, de aquel incesante movimiento, no puede ménos de exclamar allá para sus adentros: Este es un hijo del país, ¡qué delirio tienen estos vascongados por su patria!....

Guipúzcoa es un pueblo continuado, y se observa fácilmente esto,

desde un punto dominante cualquiera, con sólo fijarse en lo reducido del terreno y en que agrupadas en su corto perímetro alberga miles de caserías y un centenar de villas y villorrios. Sería inútil estender la vista por nuestra comarca sin tropezar con algun lugar ó pueblecillo y los intermedios llenos de blanquísimas viviendas. Realmente causa grande asombro ver tanta casa aún en las fragosidades de la más alta sierra, y esta misma habitabilidad origina el que no se guarezcan en sus intrincados bosques fieras dañinas.

La caza falta casi por completo de resultas de lo que acabamos de decir, la mucha densidad de poblacion esparramada por el campo, y tan solo en tiempo de pasa se adiestran los tiradores que son, con cortas escepciones, todos los guipuzcoanos.

Si fuera factible allanar los montes, podría hacerse con los de Guipúzcoa una provincia de triple territorio.

Los pueblos tienen las casas esparcidas pintorescamente y algunas forman calle en la carretera, que, adoquinada en regular trozo, recibe pomposamente el nombre de calle mayor.

Otros lugarcillos diríase edificados como para disfrutar de mayor independencia, y á lo largo del campo real se levanta descompuesto grupo de viviendas, asomando una el ángulo de su fachada en los bordes de la vía, otra un poco más léjos cual si desdeñára aproximarse, otra luciendo sus innumerables huecos, otra y otras en línea irregular, pero todas reuniendo el conjunto más bonito y caprichoso, porque aquellas casas están blancas y aseadas y sus inmediatos campos cuidadosamente cultivados.

En tal disposicion, las humildes moradas de esos lugarcillos parece que notan cuanto pasa por la carretera mirando á los transeuntes, coches y demás vehiculos con el disgusto de quien vé turbado su reposo. El humo de la locomotora envuelve algunas de estas aldeas, pero las hay tambien y muchas que no conocen ferro-carril ni carretera y á las que se llega por modesto camino vecinal; allá en una colina se destaca la torre de la iglesia en señal de guía.

Las caserías, me refiero á las habitaciones de los colonos, son comunmente de piedra desde el cimientto al tejado y en su interior no presentan más reparticion que el entarimado lleno de agujeros que separa el piso bajo del superior y éste del granero. Algun cuarto improvisado en un ángulo con un cierre de tablas, y la negra cocina, á veces sin más chimenea que la ventana, componen la casa. Ambos

sexos, aun sin género de parentesco, duermen indistintamente en el mismo local con grave perjuicio de la moral y la decencia. Esto ha motivado de la Excma. Diputacion un acuerdo por el que se invita á los propietarios á mejorar las construcciones rurales.

Numerosas casas solariegas, hoy simplemente caserías, con sus anchos soportales, sus desiguales ventanas, su enorme tejado en el que entran por miles las tejas y el correspondiente escudo esculpido en el fronton de la fachada, se distinguen á cada paso.

En la actualidad se vé al mayorazgo de aquel solar, al rudo casero, errar en tan vastos aposentos caso de que los conserve en buen estado; porque la mayoría, bastándole para sus necesidades un par de habitaciones, deja que el tiempo obre en la destruccion de aquellas cunas de la injusticia, como el progreso ha obrado en la abolicion de los mayorazgos.

Las tierras, aunque ingratas, producen lo suficiente cuando se las trabaja, y están repartidas en muchas manos; lo que nos evita guerras proletarias de asociaciones tan terribles como *La idem negra* de Andalucía. Aquí el labrador es á su manera un pequeño propietario y se desconoce el sistema de jornaleros empleados en la agricultura. No tiene duda que las buenas costumbres, felizmente no del todo perdidas, contribuyen al bienestar y tranquilidad de este territorio,

Los montes nada deben envidiar á los renombrados del extranjero en cuanto á vegetacion y puntos de vista, y su número es tan crecido que ofrecen, yá lo dijimos al comenzar estas líneas, incalculable variedad de panoramas.

El erudito P. Larramendi califica á nuestra provincia en su «*Corografía de Guipúzcoa*» de un puñado de montes.

El casero (colono) es fuerte, duro, ágil, violento, resistente para la fatiga, trabajador, de planta airosa y músculos de acero. Constante en lo que emprende, hospitalario, y muy aseado en su persona cuando se lo permite el trabajo; de bien poblada cabeza y barba, generalmente se afeita esta por costumbre. Tiene fama de incansable andarín, aguanta frios y nieve con impasibilidad en épocas en las que en su albergue, agujereado cual una criba, penetran agua y viento á discrecion; mas a pesar de ello se encuentra libre de enfermedades que diezman las poblaciones y solamente le persigue el reuma, efecto de la humedad.

Y de su compañera la mujer, ¿qué diremos? que al pintar al hombre hemos hecho las tres cuartas partes de su retrato. La mujer, en

este pais, comparte las ingratas tareas de la labor campestre, cria sus hijos, se ocupa de las faenas domésticas y acude á los centros de poblacion á esponder verdaderas y fruta. Tipo de la robustéz de formas, no hay en ella corrección de lineas pero su exterior agrada. Jóven, reúne las indispensables cualidades de hermosura, fuerza y valor, mas ambos cónyuges envejecen pronto por lo excesivo de su trabajo y viven muchos años en un estado en el que se hace cosa difficilísima averiguar su edad por el aspecto de sus caras.

He oido calcular en 600.000 las personas que en Europa hablan el vascuence.

Guipúzcoa, segun varios escritores, es un pequeño rincon; estamos conformes; pero rincon de gente noble, honrada, hospitalaria y generosa y que arroja toda basura que cautelosamente trata de introducirse en él.

De nuestras grandes ciudades, pues nosotros tenemos, relativamente hablando, nuestras grandes ciudades, y de los habitantes que las pueblan, ramo industrial de la provincia y otros adelantos de la vida moderna, no me hago cargo en este ligero bosquejo porque mi objeto ha sido el de dar una ligerísima idea del espíritu vascongado más puro y que solo se halla léjos de las poblaciones, en el interior del campo.

Los lectores me dispensarán lo incompleto de este trabajito, cuya publicación no obedece á otro propósito, descartando toda pretension, que el de señalar á las autorizadas plumas que honran el solar vascongado, la necesidad de un concienzudo estudio de nuestro pais.

Si alguna de ellas un dia lleva á cabo tamaña empresa y los precedentes renglones le sirven de inspiracion para su trabajo, habrán llenado con creces las esperanzas del que no se propone con sus modestos escritos más que ensalzar, por todos los medios posibles, las excelencias de esta incomparable tierra, de la que afortunadamente tiene la felicidad de ser hijo

ALFREDO DE LAFFITTE.

Abril de 1883.

